EL CRISTIANISMO Y EL FUTURO DE EUROPA
(Madrid, Centro de Estudios Comunitarios, Representación en España de la Comisión Europea, 8 de Mayo 2008)

por
+ Bruno Forte
Arzobispo de Chieti-Vasto

1. "In finibus Europae": el desencanto de la conciencia europea - 2. El Evangelio de Dios, Trinidad Amor - 3. Para una nueva evangelización hoy en Europa *a) En compañía de los hombres: la fidelidad al éxodo; b) Fieles al Dios que viene: el adviento; c) Una doble y única fidelidad: entre éxodo y adviento*

1. "In finibus Europae": el desencanto de la conciencia europea

¿Dónde se encuentra hoy, en los albores del tercer milenio, la conciencia europea, después de que la parábola de las utopías ideológicas de la modernidad ha desembocado en la condición de desencanto y de crisis de la llamada post-modernidad ? Es una metáfora sacada de la tradición hebrea la que mejor expresa la condición en que nos encontramos: "El verdadero destierro de Israel en Egipto fue que los Hebreos habían aprendido a soportarlo"[1]. El destierro no comienza cuando se deja la patria, sino cuando no queda ya en el corazón nostalgia de la patria. La indiferencia, la falta de pasión por la verdad y el sentido último que ella puede dar a la vida, parece constituir la verdadera debilidad de la conciencia europea en la llamada época post-moderna : si la razón adulta e iluminada de la modernidad pretendía explicarlo todo, la post-modernidad, nacida de la crisis de los modelos ideológicos como consecuencia de la violencia que ellos mismos habían producido, se presenta sobre todo como tiempo que se sitúa más allá de la totalidad luminosa de la ideología, tiempo post-ideológico o del prolongado adiós, estación de renuncia y de declive respecto de las presunciones totalizadoras de la idea. Allí donde para la razón adulta todo tenía sentido, para el pensamiento débil de la condición post-moderna ya nada parece tener sentido. Es tiempo de naufragio y de caída. Es tiempo de pobreza, que como señala Heidegger- es noche del mundo, no porque está privado de Dios, sino por el hecho de que los hombres no sufren ya por esta privación: la pobreza, que nos hace enfermos, es la indiferencia, el no sufrir ya el infinito dolor de la ausencia de patria ("Heimatlosigkeit"), la pérdida del gusto a buscar las razones últimas del vivir y del morir humano[2].

Se perfila así el rostro extremo de la crisis epocal europea al término del llamado siglo breve y en los umbrales del nuevo milenio: es el rostro de la *decadencia*. Así lo describe Dietrich Bonhoeffer: "No existiendo nada duradero, se desvanece el fundamento de la vida histórica, es decir la confianza, en todas sus formas. Y dado que no hay confianza en la verdad, se la sustituye con los sofismas de la propaganda. Faltando la confianza en la justicia, se declara justo lo que conviene... Tal es la situación de nuestro tiempo, que es un tiempo de verdadera y propia decadencia"[3]. La decadencia no es el abandono de los valores, sino la renuncia a buscar algo por lo que valga la pena vivir. La decadencia vacía de fuerza el valor, porque no le interesa medirse con él. La decadencia priva al hombre de la pasión por la verdad, lo priva del gusto de luchar por una razón más alta, lo despoja de aquellas motivaciones fuertes que la ideología parecía ofrecerle todavía. La decadencia querría conducir a la aceptación de un optimismo ingenuo, universal, que no siente necesidad de mantener firme la

[1] *I racconti dei Chassidim*, a cura di M. Buber, Milano 1979, 647.
[2] Cf. M. Heidegger, *Perché i poeti*?, in Id., *Sentieri interrotti*, Firenze 1984, 247ss.
[3] D. Bonhoeffer, *Etica*, Milano 1969, 91.

negatividad del adversario, porque tiende sólo a plegarlo al propio cálculo y al propio interés, sin preocuparse de la verdad. Aquello en lo que hoy se está más enfermos es la falta de pasión por la verdad: es éste el rostro trágico de la ausencia de patria. En el clima de la decadencia todo conspira para llevar a los hombres a no pensar, a huir de la fatiga y de la pasión por lo verdadero, para abandonarse a lo inmediatamente fruitivo, calculable con el solo interés de la consumición inmediata. Es el triunfo de la máscara en detrimento de la verdad: es el nihilismo de la renuncia a amar, donde los hombres se sustraen al dolor infinito de la evidencia de la nada fabricándose máscaras, detrás de las cuales esconder el sentimiento trágico que nace del vacío. En el clima de la decadencia, incluso el amor se transforma en máscara y los valores se reducen a envoltorios que agitamos para esconder la ausencia de significado: el hombre se disuelve en una pasión inútil[4].

Esta condición de desencanto ético y espiritual, fruto de la parábola que desde la borrachera ideológica de la modernidad desemboca en la caída del sentido y en la indiferencia, propias de la condición post-moderna, es el horizonte de nuestro actual modo de actuar y de pensar como cristianos en la Europa que cambia: la cultura fuerte, expresión de la ideología, se ha fraccionado en los muchos riachuelos de las culturas débiles, en aquella multitud de las soledades que es sobre todo relevante por la falta de horizontes comunes, en aquella penuria de esperanzas en grande que encierra a cada uno en el estrecho horizonte de su mundo particular. Donde mueren las grandes esperanzas, triunfa el cálculo rastrero: las razones del vivir y del vivir juntos son suplantadas por la reivindicación de lo inmediatamente útil y conveniente, por la protesta fundada en el interés de mirada corta, con frecuencia obtusa y voluble. El fin de las ideologías y el fraccionamiento que de ello ha sido consecuencia, aparece así verdaderamente como la pálida vanguardia del adviento del ídolo, que es el relativismo total de quien no tiene ya esperanza alguna en la fuerza de la verdad. Estamos enfermos de ausencia, pobres de esperanza y de grandes razones: donde falta pasión por la verdad, todo es posible, e incluso la solidaridad puede conjugarse con cálculos vulgares, decayendo en proyectos de mínimo recorrido...

2. El Evangelio de Dios, Trinidad Amor

Frente a esta condición de desencanto, característica de la conciencia europea actual, los cristianos advierten con nueva urgencia la tarea misionera confiada a ellos por el Señor Jesús: de lo que hay necesidad sobre todo es de ofrecer razones de vida y de esperanza. Reencontrar el esplendor de la verdad que ilumine el sentido de vivir, motivar el compromiso común más allá de los naufragios de las violencias ideológicas, es más necesario hoy a la cultura europea que las mismas metas de unión económica y política ya alcanzadas. Es aquí donde el agua de la vida transmitida por el Evangelio se muestra en toda la fuerza de su significado: es el tesoro escondido, la perla preciosa que se ha de redescubrir y de anunciar sin ahorrar esfuerzo y sin miedo al hambre y sed de sentido de la estación post-moderna. Sin embargo, para que el mensaje llegue a los corazones, es necesario que estén abiertos a recibirlo, inquietos y en actitud de búsqueda: por tanto, la primera tarea de la nueva evangelización de Europa es suscitar las preguntas verdaderas, más allá de seguridades tranquilizadoras o del debilismo de la renuncia a amar. La pérdida de importancia del anuncio es debida frecuentemente a la tentación de dar respuestas a preguntas que nadie hace, o de hacer preguntas que no interesan a nadie. Para plantear las verdaderas preguntas y abrir los corazones a la búsqueda del sentido perdido, es necesario retornar al escándalo original del Evangelio, a aquella dialéctica de revelación y de ocultamiento que intriga los corazones y los hace pensativos e inquietos, encendiendo en ellos el deseo de la búsqueda de Dios. Será en los espacios del deseo donde la fe podrá iluminar las conciencias desencantadas de la Europa post-moderna: si el deseo es presencia del Ausente amado y buscado, como revela la etimología ("desiderium" viene de "de sideribus", y hace referencia a la actividad del arúspice que escruta el cielo

[4] J.-P. Sartre, *L Essere e il Nulla* (1943), tr. it. G. Del Bo, Milano 1970, 738.

de la noche para leer el futuro en las estrellas, "sidera", circundado por la expectación viva de los corazones), el deseo nacerá allí donde, en lo que se ofrece, se percibe la llamada a un más profundo y nutriente «más allá», no percibido inmediatamente y, sin embargo, capaz de suscitar y atraer la expectación. Es el «más allá» al que abre la buena noticia de la revelación.

El Dios de la fe hebraico-cristiana es el Dios del adviento, el Eterno que tiene tiempo para el hombre. Viniendo a la historia, él abre el camino, suscita la expectación, ofrece una promesa siempre más grande que lo ya cumplido y realizado. Por eso su adviento es re-velación: un manifestarse que oculta, un venir que abre camino, un mostrarse que atrae retirándose[5]. El objeto de la buena noticia que, en obediencia a la revelación, los cristianos proponen en el nuevo impulso evangelizador al que hoy son llamados, es la Trinidad del Dios vivo. Para algunos este contenido del anuncio resulta paradoxal, porque la unidad de las Tres Personas divinas ha sido vista con frecuencia como un abstracto teorema celeste sin incidencia alguna sobre la vida real. Hace ya algunos decenios, Kart Rahner llegó a constatar que "si se debiese suprimir, como falsa, la doctrina de la Trinidad, aun después de semejante intervención, gran parte de la literatura religiosa podría permanecer casi inalterada". Y añadía, en referencia a la condición de cristiandad de muchos países, sobre todo europeos: "Se puede tener la sospecha de que, para el catecismo de la mente y del corazón (a diferencia del catecismo impreso) la representación de la encarnación por parte del cristiano, no debería cambiar mínimamente aunque no existiese la Trinidad"[6]. Sin embargo, para el cristiano todo se cumple en el nombre de la Trinidad y para su gloria: en nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu, para gloria de los Tres. Superar el destierro de la Trinidad es por tanto urgencia imprescindible[7]. En especial, se ha hecho necesario redescubrir el lazo de unión fecundo que existe entre la Trinidad y la comunidad de los hombres. La reflexión teológica del siglo XX europeo ha iniciado este redescubrimiento, ciertamente no sin riesgos y sin acciones poco respetuosas con el misterio.

En realidad, la Trinidad confesada por la fe no es una fórmula, que se deja capturar por simple deducción especulativa: ella es más bien un horizonte que nos trasciende, una historia de amor eterno en la que insertarnos, y que ha de ser contada a través de opciones de justicia y de verdad en las obras y en los días de los hombres. La relación constitutiva con la Trinidad, puesta en el acto mismo de la creación, hace del hombre la imagen del Dios vivo, que, comunicando el ser a su criatura, la hace partícipe de su misma vida: en cuanto esta vida divina es pericoresi, in-habitación recíproca de los Tres en el dinamismo del amor eterno, la imagen se expresa sobre todo en la historicidad y en la socialidad, en el proponerse al otro y en el acoger al otro en la relación unificadora y liberadora del amor. Así pues, el hombre es imagen de Dios, no en el aislamiento de un espíritu saciado de sí (subjetivismo moderno), ni en la estática soledad de una sustancia incomunicable (objetivismo antiguo), sino en su irreducible originalidad abierta a la comunicación del amor, en el ser con los otros para edificar con ellos el futuro y construir en el tiempo relaciones que sean el reflejo menos infiel posible de la historia del amor eterno. La Trinidad, eterno acontecimiento del Amor amante, del Amor amado y del Amor vivo y unificador en la libertad, unidad dinámica del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, se muestra así como el origen, el modelo y la meta de la verdad de las relaciones históricas, y además como el seno adorablemente trascendente en el que el mundo es recogido y vive.

En esta perspectiva, la referencia a la Trinidad fundamenta sobre todo la posibilidad de una *crítica* liberadora de la miopía de todas las posibles pretensiones de dar un carácter absoluto a los resultados históricos: la fe en la Trinidad ejerce una función de contestación de los ídolos y de toda

[5] Cf. sobre todo lo que sigue B. Forte, *Teología de la historia. Ensayo sobre revelación, protología y escatología*, tr. A. Ortiz García, Ediciones Sígueme, Salamanca 1995, y *La teología como compañía, memoria y profecía. Introducción al sentido y al método de la teología como historia*, tr. Alfonso Ortiz García, Ediciones Sígueme, Salamanca 1990.

[6] In *Mysterium Salutis* 3, Brescia 1969, 404.

[7] Cf. sobre este tema B. Forte, *Trinidad como historia. Ensayo sobre el Dios cristiano*, tr. A. Ortiz García, Ediciones Sígueme, Salamanca 1988.

posible seducción de cumplimiento. El amor del que venimos y al que somos llamados es siempre más grande y está más allá de toda posibilidad de cumplimiento mundano. Además, la fe en la Trinidad ofrece *modelos inspiradores*, que permiten ir diciendo unos sí humildes y provisorios, capaces de sostener el compromiso histórico y de iluminar el camino que lleva a la construcción de un futuro más humano para todos: la capacidad de hacer surgir, la receptividad, y la unidad libre y liberadora de las Personas en la historia eterna del amor, llevan no sólo a rechazar toda forma de opresión del hombre sobre el hombre y toda posible marginación, sino también a buscar relaciones más auténticas y liberadoras entre todos y para todos. La fe trinitaria, finalmente, se presenta como *horizonte de sentido* y motivo de esperanza: la Trinidad es la patria entrevista y no poseída, que orienta la dirección de marcha, motiva el esfuerzo, abre el corazón a la esperanza. Estamos hechos para amar, y no nos realizaremos si no es amando, hasta cuando el reino del amor de Dios sea establecido todo en todos, y el mundo entero sea la patria de Dios. La nueva evangelización de Europa a partir de sus raíces cristianas reclama el testimonio de este *horizonte de sentido*, que ayude a vencer el cálculo egoísta y el consiguiente cautiverio de la soledad, y llene el corazón de esperanza y de paz.

3. Para una nueva evangelización hoy en Europa

Vivir el don del Evangelio del Dios amor y testimoniarlo a las mujeres y a los hombres de esta Europa post-moderna en busca de un alma profunda de unidad y de sentido, significa para los cristianos conjugar el éxodo de su experiencia humana y espiritual, así como el de la comunidad de los hombres de la que forman parte, con el adviento siempre inquietante y transformador del Dios vivo. Esta conjugación exige que sean respetados en su especificidad los momentos del éxodo y del adviento y que, por lo tanto, no se resuelva la alteridad entre Dios y el mundo en simple repetición o proyección de la experiencia humana, ni se anule simplemente la experiencia humana frente al Misterio santo. La evangelización jamás deberá ser un celebrar la gloria de Dios al precio de la muerte del hombre, ni tampoco un celebrar la gloria del hombre al precio de la muerte de Dios: la evangelización se llevará a término allí donde sea realizada la alianza de amor entre el Dios vivo y los hombres, prometida y actuada en Jesús, Señor y Cristo. Viene entonces a perfilarse una lista de prioridades, un decálogo de la nueva evangelización, que, particularmente hoy en Europa, se ofrece como desafío a la reflexión y a las opciones no sólo de todo creyente, sino también de las Iglesias y las comunidades eclesiales de todo el continente, comprometidas en el redescubrimiento de sus raíces y en el impulso de una renovada oferta del Evangelio, propuesto como horizonte de sentido y de esperanza, capaz de motivar las razones del vivir y del vivir juntos, y de sostener el compromiso personal y colectivo. Se podría afirmar que es en la actualización de este decálogo donde podrá cumplirse el nuevo anuncio del Evangelio a la Europa de hoy y de mañana.

a) En compañía de los hombres: la fidelidad al éxodo

En relación a nuestro estar en *éxodo*, dos urgencias parecen delinearse para que se abran caminos de reconciliación, fruto de la nueva evangelización de la casa común europea. En primer lugar, es necesario que la condición de itinerante y de provisionalidad de la existencia humana sea aceptada y vivida como tal: esto significa que a cada uno de los creyentes y a las Iglesias se les pide vivir en continuo movimiento de salida de sí mismos y de trascendencia hacia el otro, que nos viene al encuentro. El primer precepto de un posible decálogo de la nueva evangelización podría entonces sonar así: ¡*No te cierres en ti mismo, prisionero de tus angustias o de tus defensas*! Esta exigencia implica la urgencia de abrirse a la escucha y a la acogida del otro, que nos alcanza en la comunidad de pertenencia y fuera de ella, con sus desafíos, sus peculiaridades, sus necesidades, sus diversidades.

De ahí una segunda llamada, que subraya la urgencia de trascender, no sólo el aislamiento tranquilizador del individuo, sino también el del grupo, étnico, cultural o religioso, al que se pertenece: ¡*No te cierres en la pertenencia tranquilizadora o en el egoísmo ligado al interés de tu grupo*! Para los pueblos del continente Europeo esta llamada invita a eliminar las fronteras de una instintiva tendencia al conflicto que opone los diversos, a abatir los muros de la desconfianza y de la hostilidad entre las culturas y las etnias, entre las condiciones de los pobres y de los ricos, entre las religiones y las naciones. Para las Iglesias y las comunidades eclesiales, el mismo precepto incluye la urgencia de liberarse de los estériles particularismos confesionales, que nada tienen que ver con la fidelidad a la identidad exigida por el Señor: ser fieles al don de Dios exige más bien generosidad y hospitalidad con el distinto de sí, y por lo mismo, exige espíritu de apertura y de hospitalidad hacia todos, sea cual fuere su proveniencia y su pertenencia.

b) Fieles al Dios que viene: el adviento

Esos dos preceptos, orientados a impedir que el movimiento de éxodo de individuos y comunidades se cierre sobre sí mismo, se enlazan inmediatamente con interpelaciones positivas, relativas al reconocimiento y a la acogida del *adviento* del otro: en cuanto cada hombre está hecho para trascenderse a sí mismo hacia el Misterio último, está también llamado a la confesión del primado absoluto del Otro, trascendente y soberano, que viene a él en los signos de la creación y en la historia de la salvación. La interpelación podría formularse así: ¡*Ábrete al Misterio santo, que te envuelve a ti y todo lo que existe, y ayuda al buscador del Misterio, que hay en ti y en todo corazón inquieto, a reconocer sus signos en la vida y en la historia*! En esta Europa de comienzos del tercer milenio, este precepto manifiesta la necesidad urgente de proponer de nuevo la centralidad de la cuestión de Dios y de las cosas últimas, superando el árido cientismo y las exclusiones ligadas a la presunción totalizadora de la razón ideológica, para confesar los límites del conocimiento y abrirse desde el estupor y la disponibilidad del corazón a la escucha del Misterio. ¡Reiniciar el camino desde Dios es tarea prioritaria para todos en esta Europa post-moderna y, en tantos aspectos, secularizada!

El otro precepto, ligado al reconocimiento del *adviento* en su realizarse efectivo, canaliza la llamada a abrirse al valor de toda alteridad que nos alcance y nos visite, bien como individuos, bien como comunidad, interpretándola, no como competencia o amenaza, sino como promesa y como don. Se trata de superar, mediante la admisión efectiva de la dignidad y del valor del otro, la lógica de la afirmación orgullosa de sí y de la propia comunidad de pertenencia: ¡*Respeta al otro en su diversidad, y disponte a recibir el don y la riqueza que él, en cuanto diverso, representa para ti y para tu comunidad*! Al individuo y a la comunidad se les pide renunciar a disponer del otro según la lógica exclusiva del propio interés, rechazando todo recurso a métodos violentos en todas las formas posibles, físicas o sicológicas, para confrontarse sobre las posibilidades positivas que todo encuentro con el otro puede representar, no obstante las dificultades objetivas que ello comporta. La unidad de este precepto con el precedente se percibe fácilmente si se está dispuestos a reconocer la alteridad penúltima como huella del Otro último y trascendente. La acogida de la alteridad penúltima es signo de la acogida del Otro último.

El reconocimiento de sí como necesidad y pregunta abierta a la acogida del adviento del otro, tanto en la forma del Misterio último, cuanto en la forma del prójimo y del cercano, y en general de todo lo que puede llamarse penúltimo, no son todavía suficientes para realizar la acogida del Evangelio como don de lo alto y fuente de vida nueva. Para que esta acogida se realice, es necesaria la confesión del efectivo advenimiento entre nosotros del Dios vivo: se abre aquí el espacio de la *fe*, con la que el corazón humano se abre *al don de Dios* y se deja plasmar por Él. Esta exigencia, en forma de llamada, podría expresarse así: *Acoge el don de Dios, ofrecido en Cristo Jesús, en la obediencia de la fe. No seas incrédulo, sino creyente, y confiesa el único nombre en que se da a los hombres la reconciliación:*

el Señor Jesús. La referencia a la singularidad de Jesucristo es constitutiva de la fe cristiana: sin esa referencia no hay fe, ni comunidad de la salvación, ni urgencia y pasión misionera. La modernidad europea ha puesto en discusión este punto: en nombre de la pretensión de universalidad de lo verdadero alcanzado por la razón adulta y emancipada, se ha contrapuesto la fuerza incontestable de las verdades racionales ("Vernunftswahrheiten"), a la debilidad y caducidad de las verdades ligadas a los hechos o a los acontecimientos ("Geschichtswahrgeiten"). Entre éstas se cuenta la verdad cristiana, ligada a la historia del Profeta de Galilea. La crisis de esta concepción de la verdad, evidenciada en la violencia producida por las ideologías fundadas en pretensiones absolutas de verdad, ha hecho redescubrir el valor de la singularidad de lo verdadero, de aquel "universale concretum et personale", que la fe cristiana confiesa en Cristo Jesús. La verdad no es algo que se posee, en una pretensión racionalista tan ambiciosa cuanto insuficiente y violenta: la verdad es Alguien que nos posee, el Dios vivo y santo que viene a visitarnos en su Hijo encarnado.

De ahí que, confesar a Jesucristo, es urgencia imprescindible para quien no renuncia a la pasión por la verdad, no obstante la crisis de los modelos de reconocimiento de la verdad de la racionalidad moderna: y esta confesión aparecerá tanto más convincente respecto a la sospecha debilista de la post-modernidad, cuanto más sea hecha a partir de una experiencia vivida de contemplación y de seguimiento del Señor crucificado y resucitado. En esta Europa de principios del tercer milenio, a los cristianos se les pide que, de forma convencida y perseverante, den razón de su esperanza, que lo hagan con dulzura y respeto hacia todos (cf. 1 Pe 3, 15), pero también con la convicción de la urgencia improrrogable de este compromiso de nueva evangelización. Cuanto más cada creyente y las Iglesias de Europa se nutrirán del espíritu de las bienaventuranzas, cuanto más vivan el primado de la dimensión contemplativa de la vida, tanto más se reconocerán llamados a servir a los pueblos del continente, marcados por la crisis, con el testimonio y el anuncio del Evangelio. Este impulso, que brota de la fe viva y del amor de Cristo, puede expresarse en la llamada siguiente, hecha a las Iglesias y a cada uno de los creyentes: *Vive tu fe de tal modo que irradies la fuerza y la belleza de la reconciliación dada en Cristo, y que la anuncies a tiempo y a destiempo como buena noticia para todo hombre y para todo el hombre, así como para la entera comunidad de los pueblos y de las Iglesias de Europa*. Es éste el centro y el corazón de esa llamada fuerte que Juan Pablo II ha hecho tantas veces a una nueva evangelización del continente Europeo, y que afecta a todos los cristianos, sea cual fuere la confesión o la tradición de pertenencia.

c) Una doble y única fidelidad: entre éxodo y adviento

El encuentro entre éxodo y adviento, celebrado y vivido en la fe en Jesucristo, es fuente de vida nueva para los creyentes y para las Iglesias: esta novedad de vida puede ser presentada según cuatro instancias fundamentales, que traducen en lo concreto de las realizaciones personales y comunitarias, el compromiso al servicio de la nueva evangelización. En primer lugar, la acogida de la caridad divina exige expresarse en una ética de la solidaridad, que reconozca las necesidades de los otros, sobre todo las de los más débiles y de los más pobres, como derechos sobre los que verificar la propia autenticidad y por los que comprometerse: *Sé solidario con el otro, reconociendo en su necesidad y en su debilidad su derecho a tu compromiso y al de tu comunidad civil y eclesial*. En una Europa marcada dramáticamente por las tensiones entre etnias y nacionalismo, en el contexto de la creciente globalización de la economía, mientras se abre camino la tendencia a anular las conquistas del estado social en nombre del primado de la economía y de la ganancia, esta llamada a la solidaridad aparece como más que nunca urgente: sin solidaridad, profesada y vivida en lo concreto, ningún camino de reconciliación parecerá creíble, ninguno resultará eficaz. Es necesario sostener decididamente el primado de la persona sobre la mera lógica de mercado y sobre la valoración absoluta de los beneficios: y esto podrá hacerse, no sólo inspirándose en el proyecto de Dios para un auténtico crecimiento

humano, tal como ha sido revelado en Jesucristo y como es proclamado por la Iglesia, sino también actualizando la función que Europa ha desempeñado con frecuencia como guardiana y maestra de derecho a partir de sus raíces cristianas, especialmente en el proceso de emancipación de las clases y de los grupos explotados y dependientes.

No sería creíble esta acción evangelizadora inspirada en la solidaridad si los creyentes en Cristo no mostrasen en los hechos su capacidad de acogida recíproca y de diálogo dentro de cada Iglesia y de las comunidades eclesiales, así como entre las Iglesias y en el ámbito interreligioso. Si el ecumenismo es tarea ineludible para los cristianos del continente que ha sido cuna de las divisiones, no menos urgente parece el diálogo interreligioso en una Europa, a la que los fenómenos acelerados de inmigración de estos últimos años han hecho cada vez más multiétnica y plural en lo que se refiere a los credos religiosos. Se podría traducir esta urgencia en el siguiente precepto: *Vive la pasión de la unidad del cuerpo de Cristo, comprometiéndote en la búsqueda de una comunión plena con todos los que creen en Él, y acoge con respeto la diversidad religiosa, promoviendo el diálogo y la colaboración con todos los que creen en Dios, sea cual fuere la fe a la que pertenecen, sin renunciar jamás a proponer a todos el don del Evangelio*. Se puede pensar que será precisamente el continente europeo el gran laboratorio donde podrán ser superados los integralismos y realizadas aquellas experiencias de conocimiento recíproco, de intercambio y de colaboración en la verdad y en la caridad, que podrán ser ofrecidas como modelo y como anticipación a nivel mundial. Al mismo tiempo, las condiciones de libertad de pensamiento permiten a los cristianos de Europa aquel anuncio explícito de Cristo a cada persona singularmente y a enteras comunidades a las que, en otros lugares, los sistemas sociales, religiosos y políticos parecen hacer impenetrables al Evangelio: a los ojos de la fe cristiana, la perla preciosa de la buena noticia es tal que no se le puede negar a nadie, es más, que debe anunciársele a todos, con dulzura y con respeto, pero también con pasión, fidelidad y amor.

El espíritu de solidaridad, de proclamación de la fe y de diálogo religioso y civil, no expresará sin embargo completamente el don del Evangelio si no es capaz de abrirse a las dimensiones de la mundialidad: en un mundo que cada vez más se presenta como aldea global, en la que los fenómenos de dependencia económica, social y política entre pueblos y continentes son siempre más evidentes, no es posible pensar que Europa pueda substraerse al reconocimiento de las propias responsabilidades y de los propios compromisos en vista de un nuevo y más justo orden económico internacional y de una más correcta relación de los seres humanos con toda la creación. En estas relaciones a nivel mundial es urgente pasar de la conflictividad y del individualismo a la fraternidad, es decir, a la realización de la pacífica convivencia entre los pueblos, en modo especial desterrando aquellas pobrezas que no son endémicas, sino el resultado de un desequilibrio económico que produce marginación y miseria en gran parte de la humanidad. En este sentido, va igualmente subrayado el deber de la asunción de responsabilidades por parte de las naciones europeas en relación a los países que fueron en otro tiempo territorio de conquista colonial, donde la convivencia pacífica no encuentra espacio y el subdesarrollo pone en peligro la supervivencia de las personas. A este compromiso de orden económica, social y política, se añade el compromiso con relación al ambiente, para que la sensibilidad ecológica y la consiguiente acción de salvaguarda de la creación inspiren los comportamientos individuales y colectivos, siendo conscientes de que la supervivencia equilibrada y saludable del ecosistema está confiada al cuidado de todos y de cada uno, y que tiene que ver con cada persona y con toda colectividad humana. Este conjunto de urgencias podría formularse en la siguiente llamada: *Sé consciente de tus responsabilidades en relación con toda la familia humana y con esa casa grande que es el mundo, actuando de tal modo que favorezcas el crecimiento de la calidad de la vida de todos en la justicia y en la salvaguarda de la creación*. La nueva evangelización pasa así a través de las fronteras de la justicia, de la paz y de la salvaguarda de la creación según el designio de Dios.

La vida nueva que nace del don del Evangelio se abre finalmente al cumplimiento de las promesas de Dios en el tiempo en que Cristo entregará todo a Dios Padre, y Dios será todo en todo (cf.

1 Cor 15, 28): la tensión hacia la reconciliación escatológica cumplida exige una continua reforma de las posiciones alcanzadas, una incesante necesidad de conversión y de renovación para traer cada vez al presente de los hombres el futuro de Dios. Esta tensión hacia el eschaton exige, por una parte, que se realicen gestos anticipatorios, cargados de capacidad profética sobre la base del don ya ofrecido a los hombres en Cristo, y, por otra parte, exige de cada creyente y de cada Iglesia que jamás se consideren a sí mismos como llegados a la meta: "Non est status in via Dei; immo mora peccatum est" (San Bernardo). La vida nueva de quien se ha dejado reconciliar con Dios encuentra su programa en las bienaventuranzas, que son al mismo tiempo el fruto del don de Dios y la experiencia exigente que anticipa el cumplimiento de su promesa. La no violencia de los pacíficos es el estilo propio de quien ante los conflictos cree en la posibilidad imposible de Dios y de su amor a los hombres. Especialmente en el continente europeo, donde más fuerte parece la crisis de los grandes modelos ideológicos producidos por la época moderna y donde más grande es la tentación de la renuncia nihilista y de las evasiones que alienan de la responsabilidad, es necesario que los cristianos y las Iglesias pongan en acto gestos proféticos, y estén dispuestos a moverse por caminos de conversión, de reforma y de servicio de la caridad. Se podría recoger este último conjunto de exigencias con la formulación de la siguiente llamada: *Vive en constante conversión y reforma, y mantente abierto a las sorpresas de Dios, teniendo la valentía de pagar el precio más alto para que la reconciliación prometida y ofrecida en el Evangelio de Jesucristo tome cuerpo en la vida de los hombres*.

El decálogo así elaborado puede considerarse como el otro nombre del imperativo de la nueva evangelización para la Europa de comienzos del tercer milenio, y en especial para los cristianos y para las Iglesias que trabajan en ella, como fruto del encuentro entre éxodo humano y adviento divino en Jesucristo y en la fe en Él, que hemos de anunciar siempre nuevamente. Nueva evangelización quiere decir nuevo compromiso de fidelidad al mundo presente y al mundo que debe venir, y conjugación siempre viva y nueva de estas dos fidelidades en el seguimiento del Crucificado Resucitado: proponer este decálogo en el conjunto de sus formulaciones es al mismo tiempo desafío y promesa, invocación y compromiso para cada uno de nosotros, que hemos creído en el evangelio de la reconciliación, revelación de Dios Trinidad Amor y fuente de vida nueva y llena para todos.

Un posible decálogo de la nueva evangelización hoy en Europa

1. ¡*No te cierres en ti mismo, prisionero de tus angustias o de tus defensas*!

2. ¡*No te cierres en la pertenencia tranquilizadora o en el egoísmo ligado al interés de tu grupo*!

3. ¡*Ábrete al Misterio santo, que te envuelve a ti y todo lo que existe, y ayuda al buscador del Misterio, que hay en ti y en todo corazón inquieto, a reconocer sus signos en la vida y en la historia*!

4. ¡*Respeta al otro en su diversidad, y disponte a recibir el don y la riqueza que él, en cuanto diverso, representa para ti y para tu comunidad*!

5. *Acoge el don de Dios, ofrecido en Cristo Jesús, en la obediencia de la fe. No seas incrédulo, sino creyente, y confiesa el único nombre en que se da a los hombres la reconciliación: el Señor Jesús.*

6. *Vive tu fe de tal modo que irradies la fuerza y la belleza de la reconciliación dada en Cristo, y que la anuncies a tiempo y a destiempo como buena noticia para todo hombre y para todo el hombre, así como para la entera comunidad de los pueblos y de las Iglesias de Europa*.

7. *Sé solidario con el otro, reconociendo en su necesidad y en su debilidad su derecho a tu compromiso y al de tu comunidad civil y eclesial*.

8. *Vive la pasión de la unidad del cuerpo de Cristo, comprometiéndote en la búsqueda de una comunión plena con todos los que creen en Él, y acoge con respeto la diversidad religiosa, promoviendo el diálogo y la colaboración con todos los que creen en Dios, sea cual fuere la fe a la que pertenecen, sin renunciar jamás a proponer a todos el don del Evangelio*.

9. *Sé consciente de tus responsabilidades en relación con toda la familia humana y con esa casa grande que es el mundo, actuando de tal modo que favorezcas el crecimiento de la calidad de la vida de todos en la justicia y en la salvaguarda de la creación.*

10. *Vive en constante conversión y reforma, y mantente abierto a las sorpresas de Dios, teniendo la valentía de pagar el precio más alto para que la reconciliación prometida y ofrecida en el Evangelio de Jesucristo tome cuerpo en la vida de los hombres*.